A MARÍA
Por Marina Otero

Me dijiste que te podía escribir lo que quisiera en cualquier lugar. De todos los rincones de mi casa llena de cosas y vacía de amor, encuentro una libreta en mi habitación y escribo desde ahí con los sonidos de fondo de martillos, taladros y voces de los obreros que ponen una ventana en un rincón oscuro. Quizás el amor se parezca un poco a eso. Al martillo rompiendo la dureza, a los obreros con manos grandes aguantando el hambre y el frío, a la ventana abriendo un espacio de luz o al techo que no hace nada mientras abajo se derrumba todo.

Acabo de devorar esta obra, no podía parar de leer mientras recordaba los mensajes que nos mandamos, vos retorciéndote de amor en alguna tierra fértil, bebiendo sangre y tequila, fernet y semen (de todo menos agua y exprimido de naranja). Cuando llegué al final me angustié, porque quería seguir devorando, consumiendo como una capitalista feroz que va dejando en rojo todas sus visas. Necesitaba seguir leyendo sobre el amor porque en mi vida ya no hay nada, es un mar muerto en el que floto en calma, un lago seco donde los niños antes andaban en kayak y ahora andan en bici sin rueditas.

¡Qué difícil es escribir sobre el amor! Me preguntaba cómo lo habías hecho, cómo podías darme todo lo que necesitaba, yo que morí de amor y ahora escribo esto muerta. Y por eso necesito de vos, María, de María ena-

morada y desquiciada, de María en auge de un amor entero porque asume que todas las partes están rotas.

En el texto escribís: «Cometemos faltas. Adiós a la ortografía. Porque el amor es una lengua muerta»; y yo le agrego: «El amor es falta». Por toda esa falta hoy te devoro. Esta obra quizás sea para las que amamos hasta caer reventadas en algún cemento caliente, para quienes nunca más supimos cómo volver a amar, o tal vez para las que nunca se animaron a tanto.

Cuando fuimos a Essaouira, te fuiste a un bar para darme espacio y ahí escribiste:

> Hacer noche,
> *bed and breakfast*,
> temerosa de que me roben
> lo único que tengo:
> mis órganos.

Mientras en nuestra casa de aquellos días yo copiaba en mi libreta un fragmento de un poema de Jean Genet, *El pescador del suquet*:

> Así me quedo solo, olvidado de él que duerme en mis brazos. El mar está en calma. No me atrevo a moverme. Su presencia, más terrible será que su viaje lejos de mí. Tal vez vomitará sobre mi pecho.
> ¿Y qué podría hacer yo? ¿Limpiar sus vómitos? ¿Y luego buscar entre el vino, la carne, la bilis, esas violetas y esas rosas que diluyen y separan los hilillos de sangre?

Entre ese fragmento y vos no había más que cinco calles, seis cafés, quince puestos que vendían aceites de argán junto a algunas pavadas para turistas como nosotras y setenta y nueve años de diferencia entre Genet y vos, pero ningún abismo.

Escribías esta obra mientras el amor te corría el maquillaje y llenaba el mar con sal y agua para que aprendieras a nadar después de cuarenta años, como quien lleva una vida metida en el entrecejo.

En el texto pusiste lo que te dije en un mensaje de wasap: «Somos las putas que contamos la historia». Y al tiempo me corregí: «Exputas». Quizás contemos cuentos para que no nos mate el amor. Así sobrevivió Scheherezade. Vos, María, sobreviviste a todos los excesos, incluido al del amor.

Pero un día tenías que acabar la obra, por lo tanto, yo tenía que terminar la lectura y colorín colorado el cuento se ha acabado. Colorado es el color con que acaban las cosas que tuvieron vida. Qué es la vida sino prestar atención a las cosas.

Cuando un cuento se acaba puede venir otro, y cuando un amor termina puede venir otro, y así hasta que se nos acabe el tiempo de contar; el tiempo de amar.

¿Cómo se cuenta un cuento cuando no hay amor? Quizás no hay trama, porque el amor está mal tramado o mal tragado.

«No sabemos la fecha de nuestra separación», decís en algún momento de esta obra. Por eso volví a leerte, lo haría mil y una noches para que tu amor no acabe.

VENDRÁN LOS ALIENÍGENAS Y TENDRÁN TUS OJOS